

7

# EL FUTURO DE LA EDUCACIÓN O LA EDUCACIÓN DEL FUTURO

---

# THE FUTURE OF EDUCATION OR THE EDUCATION OF THE FUTURE

---



**William Martin**  
Director de Bircham International University  
Email: [willy@bircham.edu](mailto:willy@bircham.edu)

**PALABRAS CLAVE:** EDUCACIÓN DEL FUTURO, FUTURO DE LA EDUCACIÓN, EDUCACIÓN A DISTANCIA, FUTURO INTELIGENCIA ARTIFICIAL, TRABAJO EN EL FUTURO, NUEVA EDUCACIÓN, FUTURO Y ESPERANZA.

**KEYWORDS:** EDUCATION OF THE FUTURE, FUTURE OF EDUCATION, DISTANCE LEARNING, ARTIFICIAL INTELLIGENCE FUTURE, NEW EDUCATION, FUTURE, AND HOPE.

# INTRODUCCIÓN

---

La educación nos prepara para el desempeño de trabajos y funciones que existen hoy, pero que en el futuro todavía no se han inventado. El mundo está siendo revolucionado por la inteligencia artificial a un nivel tal, que la mayoría de los empleos que desempeñamos hoy no existirán el día de mañana. Y un problema es que los sistemas educativos se aferran a seguir preparando a sus estudiantes para todos esos trabajos que los ordenadores realizan cada vez mejor, sin rechistar y sin exigir ningún sueldo.

Pero no hay que perder la esperanza. Mientras los seres humanos poblemos este planeta, siempre habrá funciones que serán patrimonio exclusivo de las personas. La educación debe preparar a las futuras generaciones para lidiar con un entorno tecnológico capaz de resolver y sustituir buena parte de las tareas que realizamos hoy.

La educación del futuro debe priorizar el pensamiento crítico frente a la memorización, debe fomentar la creatividad en su camino hacia la eficiencia, y debe comprender las necesidades de este nuevo mundo en el que ya estamos sumergidos. El problema no es la tecnología, somos nosotros. Debemos aprender una forma nueva de educar para un mundo nuevo, y entender que los ordenadores no están aquí para sustituirnos sino para multiplicarnos.

La educación es el proceso que facilita la adquisición de habilidades y la transmisión del conocimiento con el fin de prepararnos para nuestro propio desarrollo y el de la sociedad. Y aquí es donde radica su principal problema. La educación nos prepara para el desempeño de trabajos y funciones que existen hoy, pero que en el futuro todavía no se han inventado.

Nuestro sistema de educación actual es resultado de la creciente necesidad de especialización que generó la revolución industrial y que afianzó la investigación científica. Durante los dos últimos siglos, el sistema educativo ha sido el motor intelectual de los cambios sociales y económicos que nos definen hoy. Nunca en la historia hemos vivido los niveles de bienestar y de salud de los que disfrutamos en la actualidad. En 200 años la pobreza ha pasado de ser del 90 % al 10 % (en 2015, según el Banco Mundial), la mortalidad infantil es mínima y la esperanza de vida, de casi un siglo. Las estimaciones para el futuro pueden fluctuar debido a la pandemia de la COVID-19.

Sin embargo, no somos conscientes de que el mundo está siendo revolucionado por la inteligencia artificial a un nivel tal, que la mayoría de los empleos que desempeñamos hoy ya no existirán en el futuro. Nadie parece percatarse de que la clase media que constituye los cimientos de la sociedad y de la economía se quedará sin trabajo en los próximos veinte años, debido a que todas aquellas funciones centradas en la especialización, la repetición de tareas y el manejo de datos van a ser realizadas de forma más eficiente por máquinas. Ya está pasando. Y el dilema que permanece es el de una inmensa masa de estudiantes que se siguen formando para ejecutar tareas que las máquinas están en capacidad de realizar, sin problemas personales y sin exigir contraprestación.

Pero no hay que preocuparse. La especie humana siempre tendrá un amplio rango de actividades cuya realización será exclusivamente indelegable. No importa lo eficiente que sea un sistema o un servicio. Las personas necesitamos interactuar con otras personas. Las máquinas no lidian bien con lo impredecible, ni gestionan el pensamiento crítico. Los grandes saltos intelectuales suelen resultar de relacionar cosas diferentes e inconexas, por ejemplo: bicicleta + cometa = avión. Es cierto que la automatización destruye mucho empleo, pero también va a generar muchas oportunidades.

La educación debe preparar a las futuras generaciones para lidiar con un entorno tecnológico capaz de resolver y sustituir buena parte de las tareas que realizamos hoy. ¿Lo está haciendo? La educación tradicional afianza sólidamente su progreso académico con muchos años de retraso con respecto a la realidad, mientras tanto, la modernidad se torna cada vez más líquida y cambia cada vez más deprisa. Las máquinas navegan muy bien en este torrente desbordado de información, pero por fortuna no pueden sustituir lo que nos hace humanos: comprender emociones, resolver problemas nuevos, relacionar conceptos dispares para generar nuevas ideas, y relacionarnos los unos con los otros. Siempre habrá trabajos que demandarán estas habilidades.

La educación del futuro debe priorizar el pensamiento crítico frente a la memorización, debe fomentar la creatividad en su camino hacia la eficiencia, y debe comprender las necesidades de este nuevo mundo en el que ya estamos sumergidos. Los pocos que lo hacen ya están a la cabeza del imperio tecnológico que dirige el rumbo de nuestra economía y sociedad a escala global, ¿y qué pasa con el resto? La educación del futuro es la respuesta. Esta enseñanza debería ser flexible, fomentar especializaciones innovado-

ras que surfeen las nuevas oleadas de oportunidades que empapan nuestra cotidianidad. La formación debería ser más asequible y, sobre todo, continua porque ya no vale con ser licenciado o doctor, lo que vale es no dejar de aprender, anticipar el cambio y gestionarlo. El bloqueo reside en nosotros y no en la tecnología en sí misma. Estamos obligados a diseñar una forma novedosa de educar seres humanos para un mundo nuevo, asumiendo la tecnología como una serie de herramientas y dispositivos creados para optimizarnos y no para reemplazarnos.

La educación a distancia juega un papel primordial en este futuro incipiente, pero no nos equivoquemos, las universidades online no tienen ningún mérito. La enseñanza a distancia no es más que una fórmula para que se formen los que están lejos. El auténtico valor recae en el estudiante que se plantea estudiar a distancia, y que debe demostrar el tesón, la responsabilidad y la motivación de completar un programa académico por sí mismo. Son precisamente estas cualidades las que constituyen los pilares del éxito en este futuro próximo que ya configura nuestro presente. Estas cualidades, potenciadas por programas académicos innovadores y que fomenten el pensamiento crítico, son el camino, la educación del futuro.

La educación superior a distancia no debe interpretarse como un sustituto de la formación tradicional. Es sencillamente un enfoque pedagógico distinto al de la asistencia a clases, que puede proporcionar una experiencia formativa satisfactoria, pero que también requiere un mayor grado de automotivación y de autodisciplina. ¡Ojo!, la educación a distancia no es para todo el mundo.

Para los jóvenes, estudiar *online* puede ser recomendable solamente como complemento de su formación presencial, ya que nunca va a sustituir acertadamente la experiencia social y de madurez que supone asistir a un campus universitario. Los tiempos de pandemia y las restricciones han obligado a muchas escuelas presenciales a completar sus programas de forma *online*.

Los resultados son divergentes. Por un lado, un éxito, ya que se han podido finalizar los cursos y cumplir los objetivos del programa gracias a las tecnologías y la experiencia de la enseñanza a distancia. Por otro lado, un fracaso, ya que los jóvenes están formando su intelecto, pero no necesariamente están madurando su sentido de responsabilidad e inteligencia social. Los psicólogos y sociólogos claman sobre los perjuicios en la personalidad de los alumnos más jóvenes de estas alternativas online, pero sus voces se

las lleva el viento de las circunstancias, ¿qué otra cosa se podía hacer? Nada. Aun así, los educadores debemos de ser conscientes del rumbo que toma la enseñanza y atenernos a sus resultados, cuyas consecuencias, como es habitual, se pagarán en la siguiente generación.

Mientras tanto, los adultos que ven cómo zozobran sus vidas laborales optan por la resignación de la deriva o por remar hacia nuevos horizontes. La brújula de este nuevo rumbo es la educación a distancia. Para un adulto, estudiar a distancia posibilita la gestión eficaz del recurso más valioso que tenemos: el tiempo. Estudiar a distancia concilia mejor las oportunidades y responsabilidades laborales, la familia, y la vida personal. Durante mucho tiempo, la educación a distancia se ha considerado de segunda fila, una alternativa para aquellos que no podían escoger la universidad tradicional. Sin embargo, el valor de esta opción no se apuntalaba en la institución online, sino en las capacidades que demostraba el estudiante. Cada vez más, los departamentos de recursos humanos de muchas empresas valoran especialmente a aquellas personas que demuestran la fuerza de voluntad, la responsabilidad, la motivación y la capacidad de superación que implica plantearse estudiar a distancia, a la vez que trabajan.

Pero además de la tecnología, y las cambiantes coyunturas del mundo, hay otro factor que está modelando el futuro de la educación. Cada vez hay más adultos que se plantean seguir estudiando, y al hacerlo, tanto ellos como las universidades están constatando que estos adultos tienen una habilidad de comprensión más efectiva que los jóvenes, lo cual debería reflejarse en los enfoques pedagógicos centrados en la enseñanza superior de profesionales cualificados.

La capacidad de asimilación cuando somos adultos, y contamos con algunos años de experiencia profesional, es mayor que la que teníamos de jóvenes. La razón es muy sencilla: cuando nos planteamos estudiar en la juventud, no sabemos muy bien para qué sirven y cómo se aplican en la vida laboral los conocimientos adquiridos. Esto hace que tengamos que recurrir a la memorización exhaustiva con la falsa idea de que aprendemos, cuando en realidad lo que hacemos es memorizar. Sin embargo, poco tiempo después de haber estudiado de esta manera tendemos a olvidarlo casi todo. ¿Por qué? Nuestro cerebro es muy práctico y no almacena la información a la que no le encuentra una utilidad real, intelectual o emocional. Cuando conta-

mos con años de experiencia, adquirimos la capacidad de identificar aquello que nos hace falta para desempeñar mejor nuestras funciones profesionales o, en otras palabras: pensamiento crítico. Esto permite que una simple conversación, una conferencia o un buen libro se nos queden grabados permanentemente sin necesidad de esforzarnos en memorizar. Reflexionar es lo que transforma la información en conocimiento. Por esta razón cuanto más utilizamos nuestra mente para pensar, más inteligentes nos volvemos. Funciona igual que un músculo.

Una buena educación debería enseñarnos **cómo** pensar y no **qué** pensar. La clave del éxito del aprendizaje reside en el tipo de trabajo mental que realiza el estudiante cuando procesa información. La educación del futuro debería fomentar un aprendizaje activo por parte del estudiante, que promueva la comprensión, y la generación de nuevas estructuras de pensamiento no basadas en la clásica memorización sino en la capacidad de razonamiento y de resolución de problemas. De esta manera la mejora intelectual es continua y permanente. No somos más eficientes por estudiar más, ni por leer más, sino por aplicar mejor nuestros conocimientos. Leer mucho nos hace más cultos, pero aprender a aplicar los conocimientos nos permite decidir y actuar con criterio. Esto es lo que hoy demanda el mundo profesional. Realmente, al margen de la escuela donde uno haya estudiado, demostramos una buena formación a través de nuestros resultados y de las soluciones que aportamos a los problemas de cada día.

Las universidades frecuentemente olvidan que la educación es un medio cuyo fin es enseñar a desarrollar funciones cualificadas para la vida profesional. La educación del futuro debe recordar donde se apuntala su utilidad, y entender que el motor que nos lleva hacia delante no es una institución, por muy prestigiosa que esta sea, sino el estudiante, cada una de esas personas que se plantea el porvenir con una mirada crítica y esa capacidad de discernimiento que caracteriza a los exploradores.

Nos adentramos en una era de nuevos descubrimientos, pero ya no son territorios lo que debemos explorar sino algo mucho, mucho más amplio: una mente potenciada por la tecnología. Las posibilidades son incontables, nuestro mejor vehículo es el pensamiento crítico, y la brújula, sin duda, es el cometido de la educación del futuro.

# BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

---

William Martin y Bircham International University (2021)

Este artículo es original y no utiliza citas ni referencias de otras fuentes.